

MEDITACIÓN XXIV

Bienes que reporta el Santísimo Sacramento como Viático.

Haz cuenta que estás postrado en el lecho, sabiendo que peligras tu vida, y que Jesucristo, S. N., baja del cielo á consolarte y darte fuerzas para llevar con paciencia la enfermedad y resistir las tentaciones.

Punto I.—Pondera que nuestro amorosísimo Jesús, llevado de su caridad infinita, quiere Él mismo llevarnos al cielo, proveyéndonos al efecto de un medio tan excelentísimo como es darse á sí propio en alimento y fortaleza, para que no desfallezcamos en el corto pero terrible viaje del tiempo á la eternidad. Por esto reflexiona lo primero el amor inmenso de Jesús que, si bien nos muestra afecto grande mientras vivimos en este mundo, no quiere abandonarnos en la última hora de nuestra vida, en ese momento tan peligroso á nuestra salvación, antes bien, desea venir á vernos y constituirse en guía nuestro para conducirnos al paraíso; ¡qué rasgo de caridad tan inmensa! Parece que Jesús no pueda pasar sin nosotros; su pensamiento está siempre fijo en nuestra felicidad. Reflexiona lo segundo, que el Salvador, en el Santísimo Sacramento, es nuestra fortaleza, la cual nos proporciona para que el alma no sucumba en la terrible batalla que debe librar al enemigo. Él mismo es fortísimo escudo; pelea por nosotros y nos da la victoria ganada. Pondera lo tercero, que el Santísimo Viático tranquiliza el espíritu. No hay bien tan grande en esta vida como tener la conciencia verdaderamente tranquila, y el alma que posee la gracia de Dios se halla en tal estado; entonces nada falta al alma, porque posee á Dios, y Dios es la suma felicidad del hombre. Pero el Santísimo Viático concede al espíritu esta paz y tranquilidad; es entonces un antiespasmódico espiri-

tual que deja al alma en posesión de la gracia suavísima de Jesús; el viaticado parece reposar en el dulce sueño de la Esposa de los Cánticos, del cual no quisiera que nadie le despertara por hallarse como gozando las dulzuras del paraíso. ¡Oh cristiano! ¿Y no envidias la suerte de las almas que tales efectos experimentan? Y no te dispondrás de tal modo que merezcas conseguirlos?

Punto II.—El divinísimo Viático, á más de tranquilizar el espíritu, le enervoriza. El Patriarca de los pobres, S. Francisco de Asís, momentos antes de expirar, y luego de haber comulgado, exclamaba lleno de emoción santa: Saca, oh Señor, á mi alma de esta prisión para que confiese tu nombre pues, me esperan ya los justos en el cielo; y el mismo fervor experimentaban otros cristianos que, habiendo llevado una vida ejemplar, recibieron en la hora postrera el S. Viático. No parece sino que este Sacramento impele al enfermo para que se desate de sus carnes y vuele á las mansiones celestiales. ¡Cuán dulce será poseer fervor tan inefable! Además el Santísimo Viático reanima las fuerzas corporales. Agotadas éstas sobremanera á causa de la enfermedad y de la interior lucha que sostiene el alma, no es decible el estado de postración del cuerpo; empero, la Santa Eucaristía, á la manera que el alma de Jesús, al entrar en el divino Cuerpo difunto, le dió energías poderosas para levantarse y salir del sepulcro, así cuando el S. Viático entra en el alma del enfermo, es como espíritu que da vitales energías á todo el compuesto humano. Pondera lo tercero, que este Santísimo Viático es prenda de la gloria, según advirtió el Angélico; porque viene á ser como la escritura legalizada por Dios para que con su posesión pueda el enfermo entrar en el cielo. De ahí que algunos santos le apelliden: *causa de la gloria*, en razón á que según dijo el Salvador: Quien comiere de este Pan poseerá la vida eterna. Levanta tu espíritu, alma cristiana, y recreáte en estas bellezas eucarísticas para hacerte acreedora á ellas. Pide todos los días á Jesús Sacramentado se digne favorecerte con la merced de conducirte al cielo, y dispón tu corazón para re-

cibir al Señor en aquella hora última de tu vida. Gracias te doy, Jesús mío, por la merced que me tienes preparada á fin de que pueda yo por su medio volar en su día á las mansiones celestiales; otórgame esa fortaleza que das á tus devotos para que no perezca en el camino del cielo. Y Vos, ¡Madre mía, María! haced lo posible para que el Señor me conceda esta gracia, que con vuestra intercesión espero firmemente obtenerla.

MEDITACIÓN XXV

Cómo deberemos recibir y acompañar el Santísimo Viático.

Figúrate ver á Jesucristo que, al pasar por tu casa seguido de la corte angélica, te invita amorosamente á que le acompañes al domicilio del enfermo que va á visitar, y tú con suma reverencia condesciendes á sus deseos.

Punto I.—Examina que es un bien sin medida recibir el Santísimo Viático, pero lo es si se recibe con las disposiciones debidas; por esta razón nos es conveniente ponderar en esta meditación la manera de recibirle á fin de practicarle de ese mismo modo cuando llegue el momento. Piensa, pues, lo primero, que para recibir el Santísimo Viático debe el interesado haber hecho ya el testamento y dado de mano á todas las cosas temporales, y, al menos condicionalmente, hasta las mismas personas, con objeto de que tanto éstas como aquéllas no impidan el buen fruto que pudiera obtenerse de la recepción del S. Viático. Pondera lo segundo, que debemos prepararnos como si fuéramos á comulgar en plena salud, es decir: en estado de gracia y demás disposiciones que dejé explicadas en su lugar correspondiente, teniendo presente que en estos momentos debe tenerse mayor escrúpulo que nunca, pues de ellos depende nuestra salvación, al menos el padecer más ó menos en el purgatorio. ¡Ay cristiano! si estuvieses condenado á muerte y, estando en

capilla, te asegurara el monarca que, haciendo una buena confesión de tu crimen, y reparándolo en cuanto posible fuese, te concedería el indulto ¿no te apresurarías á confesarte lo mejor posible? Considérate, pues, en capilla cuando te encontrases en enfermedad grave, y que de practicar una santa confesión general y recibir devotamente el Santísimo Viático depende tu felicidad perdurable. Y qué, no te moverás á practicar esto de esa manera cuando el caso llegare? no lo desearás desde ahora para entonces? no se lo pedirás á Jesús? Reflexiona también que después que hubieres recibido el S. Viático no debes preocuparte ya más del mundo y de sus negocios, de tu familia y sus intereses, si acaso para inculcarles la virtud y encomendarles al Señor, aunque lo mejor sería que te dejaran con la compañía del Salvador, que entonces ha de ser, juntamente con su Madre y los ángeles y santos, tu único apoyo y defensa y fortaleza. ¡Oh Jesús! Que no pase día sin pensar en el terrible trance de mi muerte para no perderos de vista y recibiros Sacramentado.

Punto II.—Acompañar al Santísimo Viático constituye uno de los actos más dignos del cristiano, que le ennoblece sobre manera. Pondera, pues, lo primero, que es señal de hijos bien criados y de súbditos bien educados acompañar al propio padre y al respectivo monarca cuando va de visita á alguna parte y no se está distante de ella; y Jesucristo es nuestro Padre y nuestro Rey; de consiguiente, al acompañarle cuando sale en procesión ó de visita á casa de algún enfermo, no se hace más que cumplir como buen hijo y fiel vasallo; á más de que el Salvador se congratula muchísimo de estos acompañamientos, según lo reveló á varios de sus siervos. Pondera lo tercero que, la Iglesia desea que sus hijos acompañen al Santísimo Sacramento desde el templo al domicilio del enfermo y viceversa, y los que en la calle se hallaren al paso de S. M. D. se unan al cortejo de los fieles que le asisten, estimulándonos, al efecto, con la concesión de muchísimos perdones y otras indulgencias. Piensa, finalmente, que constituiría un acto de imperdona-

ble grosería y de irreligión escandalosa ver al Dios-Hombre por la vía pública y quedar insensibles sin descubrirse y arrodillarse en el suelo ó sin adorarle profundamente, rezando alguna jaculatoria. ¡Oh cristiano! si tu genitor pasara por tu lado no le dirías una palabra de cariño? Pues esto mismo debes hacer con tu padre Jesús, el cual te ama infinitamente más que tu padre natural. Procura en adelante acompañar al S. Sacramento, si cómodamente puedes, que el Señor te recompensará esta buena acción con una suma de gracias de que sin duda carecerás. Gracias te doy, Señor mío, por la esperanza que me das con el Santísimo Viático, porque espero salvar mi alma recibiéndolo ahora y sobre todo en el momento postrero. Que no me haga indigno de su digna recepción. Sí, ¡Madre mía, Virgen santa! De Vos y por vuestra mediación espero conseguir esta gracia. Amén.

MEDITACIÓN XXVI

La Divina Eucaristía nos transforma en hijos de Dios.

Imagínate á N. adorable Redentor en el Sacramento, practicando contigo el oficio de Padre amoroso, que te regala en sus brazos y te proporciona el necesario alimento de tu alma.

Punto I.—Considérate á ti mismo y discurre en primer lugar sobre tu propio cuerpo y notarás que, siendo formado del cieno de la tierra, es muy vil, digno del asco y del oprobio; pero advierte asimismo que, encerrado en ese cuerpo, tienes un espíritu nobilísimo, formado inmediatamente por Dios, producto de su omnipotencia y de su amor, que informa la parte material del ser humano; de donde resulta que por este solo motivo de la *creación*, el hombre es hijo del Eterno. Mas, recuerda que este ser privilegiado, desobedeciendo á su Hacedor en el paraíso, mató la vida de la gra-

cia en su espíritu; su Hacedor, empero, quiso expiar el pecado del hombre, lo expió en efecto, y de ahí que por este segundo motivo de la *Redención*, el ser humano es hijo del Hombre-Dios. Sin embargo, esta vida, que tanta virtud y fortaleza proporciona al hombre, es debilitada por sus continuos pecados, causados por las rebeldías de su carne y de su razón y por las tentaciones enemigas; y el Hombre-Dios, que tanto le ama, le ha deparado excelentísimo medio que, como tónico reconstituyente espiritual, repare los desgastes del alma y la vuelva fuerte contra sus adversarios. Por este motivo poderoso, es también Jesucristo Padre del cristiano pues le infunde nueva vida, una vida exuberante y llena de felicidad. ¡Qué bueno es Jesús! qué Padre tan amoroso! Reconócete por su hijo y dale incesantes gracias por un beneficio tan pingüe y de resultados tan ventajosos para ti.

Punto II.—N. amante Salvador, para llevar á perfecto término el oficio de Padre, mantiene á sus hijos de sus propios bienes, les da de lo suyo con abundancia extrema, aventajando en esta parte á los padres naturales, los cuales, aunque mantienen á sus hijos de bienes propios, pero estos bienes son extraños á su ser, mientras que Jesucristo nos alimenta con su propio Cuerpo, con su propia Sangre, con su mismo Espíritu, con su Divinidad. Él nos amamanta á sus divinos pechos, como hacen las madres buenas, y, en frase de Isaías, nos entrega la substancia de su propio ser. Y como quien come á Jesucristo en el Sacramento vive por Él, de ahí que nuestra vida es vida divina, y, al participar de esta hermosísima prerrogativa, podemos contarnos, con orgullo santo, entre los hijos de Jesucristo. Además, Nuestro Padre Sacramentado nos defiende de todos los peligros, pues con razón es llamada la santa Eucaristía: escudo fortísimo contra las tentaciones; mesa preparada contra los que nos atribulan; y salvamento del alma; engolfando tu espíritu en la dulce contemplación de estas bellezas de Jesucristo, considerando el amor intenso que te profesa, la predilección que te muestra en todas ocasiones y la ingratitud con que tú le pagas, olvidando sus amores, despreciándole con tus faltas y ensañán-

dote contra Él cuando le ofendes mortalmente. Pídele en este caso y siempre perdón de tus desaciertos, y resuélvete á invocarle con fe y confianza, con el nombre de Padre, cada vez que entres en el templo, y éste será el fruto de la meditación presente.

¡Oh buen Jesús! enseñadme á ser perfecto hijo vuestro, corrigiéndome cuando preciso fuere á fin de que no os ofenda en lo sucesivo. ¡Oh María! si Jesús es mi Padre, Vos sois mi santa Madre, y así os pido me alcancéis que sea yo agradecido á los favores divinos. Amén.

MEDITACIÓN XXVII

Por la Eucaristía somos amigos particulares del Hombre-Dios.

Imagínate á Jesucristo hecho tu familiar, que conversa amorosamente contigo, haciéndote copartícipe de todos sus consuelos.

Punto I.—Medita que el Hijo de Dios en prueba de que profesa al hombre un amor eterno le ha concedido bienes de todas clases que revelaban por partes su entrañable cariño hacia él; empero hasta que conversó familiarmente con la criatura racional no la tuvo por cara amiga, pues, á la verdad, para que el hombre se acercase á Dios era preciso que Dios acortase y allanase los caminos que á Él conducían. Esto lo efectuó por medio de la Encarnación; mas no pudo unirse al hombre, no pudo tener una entrevista íntima con él sino por medio del augusto Sacramento de los altares, signo de unidad y lazo de la más estrecha caridad. Mediante este bello Misterio, el hombre se une á Dios, y Dios está ligado estrechamente al hombre. El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y Yo en él, ha dicho Jesucristo: medio poderosísimo con el cual se nos ha elevado á la suprema categoría de amigos del Hombre-Dios; y nuestro corazón que, en frase del Agustino, está siempre inquieto y no puede reposar hasta que descansa en el Eter-

no, ha podido tranquilizarse felizmente con la posesión de Cristo Sacramentado. ¡Dichosa idea que ha podido arrancar tantos amadores del mundo para transformarlos en amadores de Jesús! Gracias os doy, Señor mío, por esta señal de amor que me dáis; quiero corresponderos á ella, recibiendo dignamente vuestro Cuerpo y Sangre con objeto de llenar el fin que tuvisteis al instituirlo.

Punto II.—Pondera cuáles sean las riquezas y privilegios sumos inherentes á la amistad de Jesucristo Sacramentado con el hombre. Lo primero, dejamos de ser siervos de Cristo, N. S., para ser otros cristos en el amor. Ya no os llamaré más siervos sino amigos, ha dicho el Señor. Lo segundo, se nos ha constituido por secretarios y confidentes de Jesús, porque desde que Jesús nos ha hablado conocemos los misterios de su Divinidad y el camino de la eterna vida. Lo tercero, somos oídos, regalados, acompañados y defendidos siempre que gustamos, no encontrando amargura en su conversación, ni aspereza en su trato, ni disgusto en su compañía, pudiendo soportarlo todo con Aquél que nos conforta. ¿Qué amistad podrá ser comparable con la que nos profesa Jesucristo Sacramentado? Las amistades mundanas son inconstantes, falaces, interesadas; pero Cristo Sacramentado nos ama perpetua, constante y desinteresadamente. ¡Cuán bueno, cuán amable es Jesucristo! Lo que no declaró á su Santa Madre ni á los ángeles, lo manifestó á nosotros, diciéndonos: *Vosotros sois mis amigos*, porque conocéis ya prácticamente mis secretos con la recepción de mi Cuerpo y Sangre. ¡Ah! qué hermosa es la santa Eucaristía que tantos bienes nos proporciona. Sé agradecido á Jesús, particularmente por esta fineza singular de ser tu fino amigo, y, procurando no abandonar nunca su amistad y fomentarla con buenas obras y santos propósitos, di á su M. D. la oración siguiente: Gózome, Dios mío, de las invenciones de vuestro amor, y quisiera ser amigo vuestro en privado y en público, extendiendo vuestro Reino para daros finas pruebas de mi amistad. Pero Vos, ¡oh Madre mía, María!, rogad por mí á fin de que se me otorgue esta gracia. Amén.

MEDITACIÓN XXVIII

*Con la posesión de la Santa Eucaristía podemos
no temer ningún mal.*

Figúrate que te hallas acosado por todas partes de los enemigos del alma, y que Jesucristo desde el Sacramento del Altar te abre los brazos para defenderte y darte ósculo de paz.

Punto I.—La soberbia del hombre queda humillada cuando es perseguida por el demonio, seducida por el mundo y combatida de la carne; pero estos fuertes estímulos pueden ser atenuados y hasta en circunstancias determinadas extinguidos con el favor de lo alto. Al efecto, la criatura racional necesita poseerse de una buena dosis de humildad, contrición y oración; mas Cristo, N. S., para facilitarnos la adquisición de estas virtudes, se nos muestra en el Santísimo Sacramento como refugio, fortaleza y consolador nuestro. Pondera, pues, lo primero, que Jesucristo en la Santa Eucaristía se manifiesta como segura casa de refugio. El profeta David lo había vaticinado, diciendo:—Señor: tú eres mi refugio en la tribulación que me rodea.—He ahí por qué el Salvador en este Sacramento ruega á su Padre por sus discípulos particularmente, y por los que en la tribulación le invocan. Lo segundo, es también fortaleza del cristiano, y con respecto á esto mismo profirió el salmista estas palabras: Preparaste, Señor, delante de mí una Mesa contra aquéllos que me atribulan. Esta Mesa divina, á saber: la Santa Eucaristía, preparada por Jesucristo á fin de que sus discípulos participen de ella, constituye la fuerza, la energía y la vida de éstos, quienes pueden exclamar en su caso: Todo lo puedo con Aquél que me conforta. Lo tercero, es asimismo nuestro consolador, queriendo que vayan á Él cuan-

tos estén cargados y oprimidos con el peso de los dolores y de la tribulación, para aliviarles y consolarles. Gracias os doy ¡oh mi Jesús! por el triple bien que me proporcionáis para que yo, en medio de mis penas, acuda á Vos y sea socorrido, fortalecido y consolado.

Punto II.—El cristiano, con la posesión de la Eucaristía no puede ni debe temer ningún mal. No puede temerlo, porque el Cuerpo de Cristo Sacramentado facilita poderosas fuerzas contra el mundo, el demonio y la carne: las facilita contra el mundo, infundiendo al alma que comulga desasimiento de las vanidades terrenas y amor á las celestiales, defendiendo las haciendas temporales y librando de peligros inminentes, porque, ciertamente, todos los bienes nos vienen con la Eucaristía. Las facilita contra el demonio, librando de las tentaciones y sugerencias diabólicas. Las facilita, por último, contra la carne, sujetándola y disminuyendo su fuerza, pues la Eucaristía, según el profeta Zacarías, engendra vírgenes. Tampoco debe temer espiritualmente el que se arma con el escudo del Sacramento Santísimo, porque si lo temiera, haría grave injuria al Hijo de Dios eucarístico de quien no esperaríamos la fortaleza y el consuelo eficaz para luchar y librar la batalla al enemigo. ¡Ah! qué riquezas encontramos en Jesús Sacramentado! qué bienes tan pingües para nuestro espíritu y nuestro cuerpo! Si alguna merced, por vía de gratitud, pretendes hacer al Sacramento Santísimo es poner toda tu confianza en Él, visitándole y solicitando su poderoso auxilio en tus tentaciones, socorro en tus peligros, consuelo en tus aflicciones, perdón y ánimo en tus caídas. Si así lo practicas, Jesucristo lo será todo para ti, renovará tu corazón y te proporcionará uno semejante al suyo para que vivas de su vida y puedas salvarte.

¡Dulce amor mío Sacramentado! Atraedme Vos al Tabernáculo con los fuertes cordeles de vuestra caridad infinita y no permitáis me separe de allí.—Vos ¡Madre de mi alma! llevadme de la mano, y aseguradme en ese lugar eucarístico durante mi destierro para asegurarme después de él en el cielo. Amén.

MEDITACIÓN XXIX

La Santa Eucaristía es la universal farmacopea del cristiano.

Cree que en la Hostia consagrada hay una botica espiritual; y que, teniendo tu alma alguna dolencia seria, acudes á Jesucristo, allí presente, para que te despache el oportuno medicamento que ha de curarla.

Punto I.—Jesucristo, N. S., para dar al hombre una gran prueba del amor que le profesa, ha depositado toda su omnipotencia y de un modo particular su misericordia en el Sacramento del Altar, de suerte que en Él puedes hallar, no sólo cuanto necesites para tu espiritual mantenimiento, si que también el remedio de las dolencias del mismo orden. Pondera, pues, en primer lugar, que Jesús Sacramentado es sabio médico de los cristianos, según lo certificó el evangelista amado:—Dios Padre envió á su Hijo al mundo para que éste fuera salvo por Él.—Profecía que cumplió á la letra el Salvador cuando en su peregrinación mortal perdonaba á los pecadores, libraba á los endemoniados, ocultaba á los perseguidos, defendía á los calumniados, limpiaba á los leprosos, resucitaba á los muertos y curaba á los cojos, mancos, sordos y paralíticos. Mas ahora que se ha escondido tras los velos de la Hostia inmaculada, se ha propuesto continuar todos estos consoladores ministerios, curando como antes gratuitamente los males del alma, como también algunas veces los del cuerpo. He ahí por qué todos aquéllos que, con fe sólida y confianza ilimitada, se acercan al Sacramento Santísimo, experimentan el alivio y curación de sus enfermedades. Pero reflexiona que el amor de Jesús en el Sacramento es tan heroico que para ejercer la profesión de médico Él mismo viene á buscar al enfermo y se entra en su

alma para curarla. ¡Ah cuán bondadoso es Jesús! Si tuviéramos más fe en este Médico divino, si le buscásemos, si solicitásemos nuestra curación, cuán otros seríamos en las costumbres, en las palabras y en las ideas. Gracias, Dios mío, porque os habéis constituido por mi doctor, y basta que yo me deje pulsar de vuestra mano, y tomar la medicina que me indiquéis, para ser curado.

Punto II.—Jesucristo en el Sacramento, no sólo es médico que receta, sino medicamento que preserva y cura la enfermedad del espíritu. Si la concupiscencia engendra el pecado, la Eucaristía disminuye su fuerza; y si no la extingue para nuestro mayor mérito, apaga sin embargo sus devoradores incendios, que tantos estragos causan; he ahí por qué enseña el Agustino que la Eucaristía, al propio tiempo que disminuye la concupiscencia, aumenta la caridad. Pondera que este rico específico cura las llagas del espíritu; y si eres dado á comulgar con alguna frecuencia y no sientes tantos arrebatos de ira, tantos humos de soberbia, tantos ardores de lujuria, tantas inclinaciones á la pereza, atribúyelo al Santísimo Sacramento, que suavemente ha dulcificado tus malas propensiones y las ha arreglado para que tu porte sea conforme con el modelo divino. El cristiano que anhela por su salvación y que desea ser perfecto, que no se desvíe de Jesús Sacramentado; que le reciba todas las veces posibles con entrañas de pura caridad y logrará ver satisfechas sus aspiraciones. ¿No lo crees así? Acércate á la fuente del amor; bebe de ese raudal de misericordias divinas, y notarás en tu alma un cambio enteramente radical, que te hará feliz relativamente en esta vida para conseguir después los gozes de la eternidad. Propón, como fruto de la meditación presente, que en tus penas y aflicciones acudirás al Sagrario y solicitarás de tu amante Jesús el consuelo y el gozo para tu alma.

¡Oh Divino Señor! Que sea yo un santo para que logre un día verme con los santos. ¡Esperanza mía, María Santísima! Puesto que por vuestra mediación todo lo alcanzo, granjeadme la salvación eterna. Amén.